

De la guerra a la paz en el Medio Oriente: política, economía y cultura

JUDITH BOKSER

Resumen

Frente a los diagnósticos políticos pesimistas de fin de siglo, que enfatizan el "rol" de factores de índole religiosa, étnica y nacional como fuente de los nuevos conflictos que atraviesa hoy el mundo, este artículo explora el proceso de paz en el Medio Oriente y sus potencialidades, cuestionando la concreción inevitable de dichas visiones. La intersección entre el nivel internacional y el regional, así como las interacciones entre los ejes político, económico y cultural, orientan el análisis de las motivaciones, los intereses y las posiciones de las partes en el proceso de paz. A su vez, explora el modo cómo los cambios estructurales y un nuevo pragmatismo han consolidado el espacio de la voluntad política.

Abstract

Facing some of the pessimistic political diagnoses which emphasize the role of religious, ethnic and national elements as sources of the conflicts that the world is experiencing towards the end of the century, this article deals with the peace process in the Middle East, challenging the unavoidable fulfillment of those visions. The analysis of the interaction between the international and the regional level, as well as the one pertaining to the interplay between the political, economical and cultural dimensions stand behind the explanation of the motivations, interest and demands of each of the actors in the peace negotiations. Simultaneously, it explores the way in which structural changes as well as a new pragmatism widened the conditions for the development of political will.

La celeridad con la que el mundo ha vivido grandes transformaciones en los últimos tiempos, su carácter impredecible y sorpresivo y la creciente incertidumbre y complejidad en los datos constitutivos de la realidad, por una parte, así como la desaparición de los tradicionales discursos ordenadores y de los principios simplificadores, por la otra, parecen explicar el pesimismo que caracteriza a un importante número de diagnósticos políticos que se formulan ante el tercer milenio. De frente a la nueva coyuntura internacional derivada del fin de la bipolaridad como resultado de la desintegración de la otrora URSS, son muchas las voces que enfatizan el alto potencial de posible conflicto, a nivel mundial, como resultado del carácter cre-

cientemente disruptivo de factores de índole religiosa, cultural y étnica. En efecto, estos diagnósticos localizan en identidades fundacionales irreconciliables un renovado protagonismo dentro de los procesos de transición nacionales e internacionales. De este modo, etnicidad, religión y variadas formas de nacionalismos organicistas y extremismos operarían como criterios definitorios del nuevo "mapeo" de identidades y de actores que asumirían el papel de fuerzas políticas que se comportarían como volcanes en permanente amenaza de erupción. Títulos como *Fuera de control: desorden global en la víspera del siglo veintiuno* de Zbigniew Brzezinski; *El nuevo desorden mundial: la extinción del leninismo* de Ken Jowitt, y *Pandemonium: etnicidad en política internacional* de Daniel Patrick Moynihan hablan por sí mismos y reflejan con toda contundencia este tipo de pensamiento¹. En esta misma línea, el politólogo Samuel Huntington ha reflexionado en el polémico artículo *¿Un choque de civilizaciones?* sobre el panorama mundial de fin de siglo, señalando que los grandes conflictos que la humanidad conocerá ya no serán entre Estados nacionales sino entre civilizaciones, categoría que supone etnicidad, religión, cultura y nacionalismos compartidos².

Muchos de los diagnósticos en torno al futuro del Medio Oriente han compartido ese profundo pesimismo coloreado por un no menor escepticismo, lo que no ha impedido, por otra parte, la oscilación entre éste y una esperanza inusitada, una euforia tal vez alentada por la recuperación de la capacidad de sorpresa que ha inaugurado el proceso de paz. Ciertamente el carácter del conflicto por el que ha atravesado la región, sus raíces históricas, su permanencia y su profundidad podrían reforzar tanto el pesimismo como el escepticismo, ya que en él han confluído, junto al eje político,

¹ Vid. Zbigniew Brzezinski, *Out of Control: Global turmoil on the Eve of the Twenty-first Century*, Nueva York, Scribner's, 1993; Ken Jowitt, *The New World Disorder: The Leninist Extinction*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1992; Daniel Patrick Moynihan, *Pandemonium. Ethnicity in International Politics*, Nueva York, Oxford University Press, 1993. Si bien parte de estos diagnósticos tienen como referente fundamental el panorama emergente de la desintegración de la URSS, su visión del Tercer Mundo como una realidad indiferenciada y, sobre todo, la carencia de análisis de los contextos estructurales específicos les ha impedido deslindar entre las condiciones de transición en las diversas regiones del mundo. Vid. Carlos Waissmann, "La década del 90 versus la década del 30". *Simposio El Genocidio ante la Historia y la Naturaleza Humana*, Buenos Aires, Universidad Di Tella, 8-10 de septiembre de 1993.

² Samuel Huntington, "A Clash of Civilizations?", en *Foreign Affairs*, 72:3, verano de 1993, pp. 22-49.

otras múltiples dimensiones fundacionales y “civilizatorias”, tales como la étnica, la religiosa y la nacional. Así, a lo largo de un siglo, las diversas entidades de la región han resultado no sólo ajenas sino que han sido vividas al tenor de un extrañamiento mutuo y los movimientos y reclamos nacionalistas han devenido contradictorios. Al carácter conflictivo de las relaciones sociales y económicas entre los judíos y los árabes, asentadas durante el periodo otomano, se sumaron las relaciones políticas desarrolladas a partir del periodo del mandato inglés, perfilándose desde entonces, y con creciente agudeza desde el surgimiento del Estado de Israel, el contenido de dos nacionalismos, el judío y el árabe³. El conflicto se desarrollaría alrededor de diferentes ejes: el interestatal, entre el nuevo Estado y los países árabes; el intercomunal, entre aquél y los palestinos, y el de las rivalidades propias y pugnas interestatales en el mundo árabe. Los niveles involucrados generaron un prolongado proceso en el que se han arraigado estereotipos negativos, prejuicios y satanizaciones y en el que se han desarrollado actitudes de desconfianza y suspicacia mutuas, afianzando un comportamiento hostil; percepciones, actitudes y comportamientos que fueron reforzándose en una dinámica que parecía imposible de ser alterada.

Aunque difícil, el proceso de paz iniciado en el Medio Oriente ha significado un parteaguas que, en sus diferentes momentos, parece haber afectado dicha inercia, arrojando nueva luz sobre los posibles nexos entre identidades fundacionales y la política, así como entre esta última, la cultura y la economía. Ello permitiría cuestionar los diagnósticos pesimistas que resultarían atribuibles, en mayor medida, a los datos inciertos y complejos de la nueva realidad y al agotamiento de los principios simplificadores, que a procesos necesariamente inevitables. Si bien reconocemos el peso y el ritmo lento con que pueden cambiar las percepciones y representaciones y los símbolos que constituyen y definen el imaginario colectivo de los pueblos y sus identidades, ciertamente asistimos a profundas modificaciones en las relaciones entre estos tiempos y los de los cambios que obedecen a decisiones políticas, tanto de índole internacional como nacional. En este sentido, mientras las transformaciones en el ámbito

³ Vid. Shmuel Almog (ed.), *“Zionism and the Arabs”*, Jerusalén, *The Historical Society of Israel*, 1983; David Bankier (ed.), *El sionismo y la cuestión palestina. Las percepciones de la confrontación*, Jerusalén, Magnes Press, 1989.

internacional son las que ampliaron las condiciones estructurales para la negociación del conflicto, abriendo la posibilidad inicial de la Conferencia de Paz en Madrid, en octubre de 1991, los cambios internos en la región, y la propia dinámica generada por ésta, condujeron al surgimiento de un nuevo ejercicio de voluntad política manifestada en la Declaración de Principios Palestina-Israelí, en septiembre de 1993, primero, y en la Declaración de Washington entre Jordania e Israel, después. En este contexto, el alcance que pueda tener la voluntad política para recuperar en toda su complejidad la diversidad de procesos culturales y “civilizatorios”, de mundos conceptuales e identidades, y para influir sobre su desarrollo, constituye, sin lugar a dudas, uno de los desafíos centrales. Sin embargo, desde el inicio, este proceso parece reflejar una nueva capacidad de deslindar entre grandes designios ideales (¿civilizadores?) y proyectos políticos viables, para comprometerse, con todo realismo y pragmatismo, con estos últimos. Bien podemos afirmar que los actores parecen haber redescubierto el espacio de la política, en el cual resulta imprescindible responsabilizarse con una cultura de la negociación que exige concebir el otro más allá del binomio amigo-enemigo predominante históricamente y siempre inmerso en una lógica extrema de grandes ganadores y perdedores.

Explorar algunos aspectos de la interacción entre el escenario internacional y el regional, así como entre sociedad, política y cultura, podría conducirnos, si no a una predicción del futuro —la sensatez se impone por sobre las tentaciones del conocimiento—, sí a una comprensión mayor del modo como el presente puede ser potenciado por los propios actores, que se perciben como tales y que parecen haber recuperado su capacidad de actuación como sujetos y no como objetos de acontecimientos que siempre los han rebasado. Y ello, a la luz de una realidad en la que, todos sabemos, la paz es una de las posibilidades, no la única ni la necesaria, en la medida en que nada está predeterminado.

Los cambios internacionales como detonadores del proceso de paz

En el terreno internacional, el fin de la bipolaridad, la guerra del Golfo y las nuevas condiciones de reestructuración mundial han operado como los detonadores del proceso iniciado en la Conferencia de Paz de Madrid, primer momento del parteaguas en la región.

El fin de la bipolaridad como resultado de la desintegración de la URSS abrió por primera vez la posibilidad de separar los acontecimientos regionales de los intereses de las dos superpotencias, lo que significó la ruptura de un patrón recurrente de ordenamiento político regional en función de los intereses de las potencias imperiales, primero, y de las dos superpotencias, después. En todo caso, los conflictos de la región dejaron de depender de las órbitas rivales que impedían su atención específica, más allá de las confrontaciones por áreas de influencia y posiciones estratégicas en la región, abriendo la posibilidad de explorar y diseñar nuevas alianzas. Paralelamente y a pesar de la incertidumbre asociada a la no siempre clara definición de lo que la administración del presidente Bush llamó el Nuevo Orden Internacional, se perfiló el papel renovadamente protagónico que Estados Unidos asumiría en este contexto⁴.

Por su parte, al arrojar nueva luz sobre los límites de un alineamiento panárabe, la guerra del Golfo amplió las condiciones estructurales para la negociación del conflicto. A excepción de Jordania, Libia, Yemen y la OLP, los intereses de Israel y los de los países árabes encontraron puntos de coincidencia, entre los que destacó el de detener las pretensiones hegemónicas de Irak⁵. En efecto, la invasión irakí a Kuwait alteró el sistema de equilibrio que existía en el mundo árabe y afectó los intereses vitales de importantes Estados de la región; paralelamente puso en claro los límites de los principales organismos e instancias regionales para resolver la crisis dentro del marco del mundo árabe. Entre los principales impactos que la guerra del Golfo tuvo sobre la ampliación de espacios de

⁴ Vid. Aharon Klieman, "Gulf Crisis and New World Order: The Perils of Linkage", en Joseph Alpher (coord.), *War in the Gulf: Implications for Israel*, Tel Aviv University, Jaffee Center for Strategic Studies, 1992, pp. 47-72.

⁵ Vid. Jacob Bercovich and Brian Mandell, "Conflict Management and Peace-Making in the Middle East", *International Problems. Society and Politics*, vol. XXXII, 60 (1-2), 1993, pp. 55-70.

negociación destaca el papel ascendente de los países más moderados y pragmáticos en el terreno regional⁶.

Fueron precisamente estos diversos cambios internacionales los que permitieron diseñar la metodología que gestó la Conferencia de Paz de Madrid, tanto en su circuito de negociaciones bilaterales como en el de las multilaterales. Mientras la dimensión multilateral representaba la nueva posibilidad y la importancia de construir interdependencias en las esferas funcionales, tales como economía, salud, tecnología y educación, el circuito bilateral, esencialmente político, buscaba sentar las bases que facilitasen dicha interacción. De este modo, la apuesta fue acceder, simultáneamente, a acuerdos políticos que permitieran la interacción funcional. La nueva diplomacia que gestó la metodología de Madrid también asumió un doble circuito en lo que concernía a los participantes: alentó negociaciones entre Israel y sus vecinos árabes, paralelamente a la apertura del diálogo israelí-palestino.

Los diversos cambios internacionales también orientaron a las partes a incorporarse al proceso. La motivación de Siria se entiende en su intención de capitalizar su participación en la guerra del Golfo, consciente de la desaparición de la URSS como sostén, lo que resulta congruente con los cambios iniciados por este país años antes para reubicarse en el nuevo ordenamiento mundial. La renovación de las relaciones con Egipto, en diciembre de 1989, y el pronunciado acercamiento a Estados Unidos desde 1990 se insertan en esta lógica, que se ha visto reforzada, a su vez, por el cuestionamiento de la apuesta a un "equilibrio estratégico" con Israel. El móvil de Jordania también debe verse a la luz de la necesidad de restaurar su posición frente a Estados Unidos después del enfrentamiento y alcanzar una mejor inserción en el mundo árabe. Por su parte, los palestinos temían ser relegados por la nueva coyuntura internacional, así como por las pugnas interárabes, por lo que aceptaron la composición inicial de una delegación conjunta con Jordania. El difícil proceso alrededor de la composición de ésta, al arrojar luz sobre la problemática de la representatividad, abriría nuevas vetas a las negociaciones ulteriores. Si bien los representantes de los territorios no

⁶ Vid. Ephraim Kam, "The Arab World and the Gulf Crisis", en Joseph Alpher (coord.), *op. cit.*, pp. 125-142.

fueron electos democráticamente, reflejaron, junto a sus nexos con la OLP en Túnez, el grado de arraigo en la zona y la existencia, por tanto, de más de un centro de poder. Para Israel, por su parte, el fin de la bipolaridad significó la posible erosión de su condición de punto estratégico para occidente, y ante la amenaza de los *Scud*, descubrió la insuficiencia defensiva del ámbito territorial⁷. Lo que cada una de las partes buscaba, tanto en términos territoriales estratégicos como económicos, resultaba ser tan contradictorio como en el pasado, por lo que, desaparecida la bipolaridad, el papel protagonista de Estados Unidos y las garantías de seguridad concedidas a las partes operaron como el aliciente indispensable para dar el paso inicial del proceso. Entre los objetivos encontrados destacaban, desde la óptica de Siria, la recuperación del Golán y el retiro de Israel de la zona de seguridad del sur de Líbano, a la luz de paridad con Israel. Su situación económica difícil, y el agotamiento de sus fuentes tradicionales de armamento, redujeron drásticamente la opción del enfrentamiento, aun como recurso discursivo movilizador⁸. Por su parte, Jordania acudía a la mesa de negociaciones buscando la formalización de su régimen de seguridad tácito con Israel y procurando, simultáneamente, evitar que se creyera que abandonaba la causa palestina⁹. Si bien los objetivos últimos o maximalistas de los palestinos apuntaban al establecimiento de un Estado independiente en la Margen Occidental y en la Franja de Gaza, apostando a que su inclusión evitase la realización de acuerdos separados entre Israel, Siria y Jordania, estaban abiertos a nuevas propuestas. Los cambios en el peso y la influencia de la nueva generación de los territorios frente a la generación de refugiados de 1948 operó como factor de ampliación de los márgenes de negociación de los términos de la autonomía-soberanía política buscada. Para Israel, por su parte, significaba la posibilidad de llegar a tratados de paz bilaterales con cada una de las partes y la solución de la cuestión palestina según la concepción del entonces partido gobernante, el Likud.

En este panorama, el creciente proceso de reestructuración de los mercados mundiales, a través de la globalización y de la regionalización, operó como un nuevo referente en la toma de conciencia,

⁷ Vid. Jacob Bercovich y Brian Mandell, *op. cit.*

⁸ Ephraim Kam, *op. cit.*

⁹ Jacob Bercovich y Brian Mandell, *op. cit.*

por parte de los actores involucrados, del peligro de que un Medio Oriente beligerante quedase marginado del flujo de los capitales internacionales. Los imperativos económicos de ensanchar los mercados a partir de las transformaciones productivas en el marco de la libertad de movimiento del capital y de los servicios impusieron una nueva lógica a las fronteras nacionales que alcanzó también a la zona: el riesgo de una marginación de la misma significaría que, de no haber modificaciones, el futuro podría ser crítico.

Si la búsqueda de una nueva inserción en la economía internacional puede descubrirse en el trasfondo de los móviles del proceso convocado en octubre de 1991, ésta ha tenido un papel esencial en la Declaración de Principios Palestino-Israelíes de septiembre de 1993, segundo momento del proceso. La toma de conciencia de que la reestructuración política a nivel mundial pasa por la lógica de los mercados alentó la visión de la conveniencia de pacificar la región, para poder construir las condiciones que vuelvan atractiva la zona para los capitales mundiales. El tránsito en el discurso político, de los referentes nacionalistas y religiosos, al del desarrollo económico como fuente de legitimación, puede interpretarse como un cambio radical en las tendencias dominantes¹⁰. Estas se han expresado también en la visión de la zona como un mercado regional que permitiría modificar los antagonismos de antaño a partir de intereses económicos convergentes, y que encuentra en la cooperación el requisito necesario para elevar los niveles de vida de las diferentes poblaciones y nivelar las desigualdades existentes. Así, en voz de los propios actores:

[...] resulta necesario dejar de ocuparnos exclusivamente de los problemas del nacionalismo o de las relaciones entre naciones. Es necesario adoptar una concepción más amplia, *una concepción regional común* [...] es necesario desarrollar una economía moderna [...] el mundo se está reestructurando de acuerdo con la lógica económica, ya no como naciones sino como mercados¹¹.

¹⁰ Vid. James Bill y Robert Springborg, *Politics Middle East*, Harper Collins, 1990, pp. 30 y ss.

¹¹ Shimon Peres, "La apertura a la paz en la política exterior de Israel", Tamar Herman y Robin Twite (eds.), *The Arab-Israeli Peace Negotiations: Politics and Concepts*, Universidad

En esta visión, un mercado común constituiría el nuevo parámetro en cuyo seno las interdependencias funcionales minimizarían los conflictos de otra índole. El acento en las necesidades económicas y una atención creciente a los nuevos nexos entre Estado y mercado ha estado presente, aunque de un modo incipiente, en el discurso de ciertos sectores del mundo árabe y de la intelectualidad palestina¹². Sin embargo, frente a esta propuesta de un mercado común regional se han elevado voces que cuestionan la idea a partir de la disparidad económica con que los diferentes actores acudirían a esta empresa. Atendiendo a la falta de reciprocidad en las relaciones económicas actuales y futuras y viendo fundamentalmente los nexos que pueden crearse entre Israel y los territorios palestinos, advierten sobre los riesgos de generar nuevas formas de dependencia, reales o imaginarias, en las que Israel sea visto como promotor de un nuevo paternalismo, o, incluso, de un imperialismo económico¹³. Este pensamiento busca conjuntar la buena voluntad con el realismo, recordando que, a pesar del dominio que ejercen, ni la lógica económica ni los mercados actúan en el vacío, y que la dimensión cultural exige que se le preste atención.

Los cambios internos y el proceso de paz

Si en el ámbito internacional han cobrado un nuevo significado los nexos entre política y mercado, a nivel nacional y regional ha sido, a su vez, la posibilidad de incidir sobre los nexos entre política y cultura, en un contexto de sociedades diversas, la que apunta hacia procesos que pueden reforzar la apuesta a una convivencia en un contexto de paz.

En esta línea de pensamiento, lo que se ha conceptualizado como

de Tel Aviv, 1993, p. 22. (Subrayado nuestro). Esta concepción de construir un nuevo Medio Oriente basado en la cooperación económica regional fue vertida, en iguales términos, por el canciller israelí en la reunión de El Cairo del 15 de noviembre de 1992.

¹² Manuel Hassassian, "Policy Dynamics of the Palestinian Leadership", en el simposio *From War to Peace: 1973-1993*, Universidad Hebrea de Jerusalén, 24 de octubre de 1993.

¹³ Vid. Shlomo Avineri, "Sidestepping Dependency", en *Foreign Affairs*, vol. 73, núm. 4, julio-agosto 1994, pp. 12-15; Yoash Tsiddon Chatto, "The Economic Framework", en *Political and Structural Arrangements in the New Era of Israeli-Palestinian Relations*, Jerusalén, Conference Proceedings, Jerusalem Center for Public Affairs, 1994, pp. 147-152.

fatiga de todas las partes en cuestión — eminentemente psicológica para Israel, material para los palestinos, a decir de Henry Kissinger— bien podría verse como reflejo de transformaciones internas que han actuado como detonadores endógenos de una renovada voluntad política. Esto parecería válido, sobre todo, para la Declaración de Principios Palestino-Israelíes en la que, utilizando una metáfora de Yeoshafat Harkavi, las partes involucradas, al acordar negociar sin tener claro cuál sería el arreglo final, decidieron subirse a un tren sin saber cuál sería la estación de llegada. Ciertamente en el camino pueden descubrir que los precios que deben pagar son muy altos, pero también tienen claro que mantener las condiciones existentes podría ser catastrófico.

Desde la óptica israelí, el conflicto con el mundo árabe en general, y con los palestinos en particular, no ha sido uno más de los conflictos sino tal vez el decisivo entre los que ha enfrentado en las últimas décadas, y su desarrollo ha afectado aspectos centrales de la vida nacional, no sólo políticos, sino también sociales, ideológicos y culturales¹⁴. La guerra de Líbano y la Intifada han dejado su impronta en aspectos centrales de la sociedad israelí, dentro de los cuales destacaríamos el hecho de que la cuestión de la seguridad nacional — aspecto central de la autopercepción y la autoconciencia colectivas— dejó de ser objeto de consenso para convertirse en un asunto sujeto a discusión pública. Desde este punto de vista, si bien el conflicto árabe-israelí ha tenido históricamente una doble dimensión, la interestatal y la intercomunal, ha sido esta última, la palestino-israelí, la que cobró en los últimos años mayor relevancia y visibilidad y la que ha tenido un impacto directo sobre las percepciones de la sociedad israelí. A su vez, junto con un incremento en los sentimientos de inseguridad de la población israelí, asunto nada despreciable¹⁵, el uso de la fuerza militar en el seno de una

¹⁴ Vid. Yehoshafat Harkavi, *Fateful Decisions*, Tel Aviv, Am Oved, 1986; "Israel enfrenta resoluciones decisivas", *Encuentro*, núm. 56, Centro Internacional por la Paz en el Medio Oriente, mayo de 1987. El hecho de que las ideologías políticas se han definido casi de un modo exclusivo en relación con el conflicto árabe y palestino, a lo largo del eje "palomas-halcones", reflejan el dominio de esta problemática aun al precio del vaciamiento de sus contendios sociales. Vid. S.N. Eisenstadt, "Changes in Israel Society since the Yom Kipur War", *From War to Peace: 1973-1993*, op. cit.

¹⁵ Arain, Talmun y Hermann, en un estudio conducido en enero de 1986, antes del estallido de la Intifada, reportaron que el 93% de los encuestados estaban convencidos de que Israel

población civil devino un asunto controversial. Sumado a las divergencias políticas implicadas, el debilitamiento de la convicción de la guerra como recurso necesario de supervivencia dio lugar a la conceptualización de la guerra como opcional y prescindible, lo que necesariamente afectó la imagen del ejército israelí como institución defensiva. En este contexto, la internalización de una opinión pública mundial hostil no resultaría ser un dato menor.

Ahora bien, en la medida en que toda identidad colectiva es un imaginario social y es conformación de presentes institucionalizados, la presencia de una población árabe palestina en el seno de la sociedad israelí ha confrontado el Estado de Israel con un dilema básico de identidad cultural y política. Este ha sido formulado en términos del desafío de mantener su doble carácter de Estado judío y democrático. Si en nombre de la democracia le es concedida la igualdad de derechos a la minoría nacional árabe —y eventual mayoría—, perdería su carácter judío y, si en nombre del compromiso con éste último no lo hace, vería amenazado su perfil democrático.

A su vez, considerando la población árabe de Israel, la rebelión palestina reforzó dilemas básicos de identidad en su seno. Tal como ha señalado Eli Rekhess, asistimos a un proceso de palestinización de su identidad política y de creciente percepción de que tienen un destino común compartido con el pueblo palestino. Si bien la Intifada no arrastró consigo a la población árabe en Israel —cuyo apoyo se limitó al ámbito económico y espiritual— se ha dado el desarrollo de movimientos radicales e islámicos entre sus sectores marginales¹⁶.

Desde una óptica complementaria, de no arribar a una solución política, las identidades nacionales de israelíes y árabes se afectarán en modos diametralmente opuestos por las tendencias demográficas de la población árabe en Israel y de la palestina en los territorios, a la luz del comportamiento demográfico de la sociedad judía¹⁷. La

estaría capacitado para poner fin a la revuelta en los territorios. Esta convicción se vio gradualmente alterada. Vid. Giora Goldberg, Gad Barzilai y Efraim Inbar, *The Impact of Intercommunal Conflict: The Intifada and Israeli Public Opinion*, Universidad Hebrea de Jerusalén, 1991.

¹⁶ Eli Rekhess, "The Arabs of Israel and the Intifada", en Gad Gilbar y Asher Susser (eds.), *At the Core of the Conflict: The Intifada*, Tel Aviv University, 1993, pp. 99-127.

¹⁷ Vid. Alon Ben Meir, "Israelis and Palestinians: Harsh Demographic Reality and Peace", en *International Problems Society and Politics*, vol. XXXII, 60 (1-2), 1993, pp. 39-54.

tasa de crecimiento natural de la población árabe es 2.3 veces superior a la de la población judía de Israel¹⁸. Atendiendo también a los límites probables de la inmigración judía, así como a los procesos de emigración, diversas proyecciones señalan que en el año 2010 los árabes serían mayoría en Israel¹⁹.

Por último, y desde una perspectiva socio-política global de la sociedad israelí frente al proceso de paz, la diversidad de su espectro ideológico y político apunta hacia un mosaico diferenciado. Frente al binomio paz-seguridad, las interpretaciones difieren; mientras que el laborismo ha apostado a la primera, sin descuidar la segunda —de allí los grados de dificultad en la implantación del acuerdo Gaza y Jericó Primero—, la oposición secular y religiosa de los partidos políticos ha cuestionado, en nombre de la seguridad, el actual camino hacia la paz²⁰. A su vez, la oposición proveniente de grupos extremistas de colonos de los asentamientos ha incorporado la violencia como código del entramado religioso-nacionalista que alimenta su concepción, de modo tal que su marginalidad no ha impedido el impacto crítico de sus acciones.

Atendamos ahora la perspectiva palestina en el contexto del mundo árabe, un mundo cuyo “predicamento”, según expresión de Fouad Ajami, se deriva de una historia que es una larga crónica de ilusiones y de desesperación en la que la política se ha visto sustituida repetidamente por el derramamiento de sangre, un mundo que ha asistido al fracaso de las aspiraciones de un gran renacimiento social y cultural y de su unidad²¹. La sustitución de la promesa revolucionaria inicial por la sumisión y la obediencia. A partir de la

¹⁸ La población árabe en Israel ha crecido de 100 000 habitantes en 1949 a 800 000 hoy, mientras que la población de los territorios es de 900 000 en la Margen Occidental y 750 000 en Gaza.

¹⁹ Estos desarrollos son cruciales si atendemos su significado desde la óptica palestina. Según ha afirmado Matti Steinberg, “la OLP ve el factor demográfico como el recurso que proporciona la salida del dilema palestino, le da la esperanza de que los palestinos puedan alcanzar su objetivo por sí solos... la dimensión humana determina la dimensión física o territorial... mientras tengan la demografía de su lado, el tiempo opera en su favor”. *Vid.* Matti Steinberg, “The Demographic Dimension of the Struggle with Israel as Seen by the PLO”, en *The Jerusalem Journal of International Relations*, 11:4, otoño 1989, pp. 27-51.

²⁰ Resulta importante destacar que, aun respondiendo a motivaciones y concepciones políticas diversas y contradictorias, las soluciones propuestas apuntaron progresivamente hacia la separación de las poblaciones judía y palestina.

²¹ Fouad Ajami, *The Arab Predicament, Arab Political Thought and Practice Since 1967*, Cambridge University Press, 1992, p. 4.

incapacidad de una introspección árabe ante el fracaso de la guerra de 1967, la que pudo haber conducido a replantear el proyecto regional, y como resultado, además, de la ulterior petrodolarización de economías que, a pesar de la bonanza, no lograron superar la pobreza ni la rivalidad interárabe, los regímenes de la zona reforzaron sus prácticas políticas represivas y militarizadas.

En este contexto, la cuestión palestina se insertó en un entramado de relaciones de dependencia de los grupos gobernantes árabes y de sus pugnas y rivalidades interestatales; la corriente nacionalista palestina representada por la OLP sólo cobró fuerza después de 1967. Si bien el común denominador árabe apareció como referente de identidad, la dimensión grupal palestina reforzó su especificidad ante el vacío de respuestas de los países árabes. El septiembre negro en Jordania, primero, y la caída del distrito de Beirut donde estaba el cuartel de la OLP, después, se continuaron con la marginación de la cuestión palestina en las cumbres árabes y, a pesar del apoyo en la Cumbre de Argelia al proyecto de un Estado palestino independiente, las relaciones de dependencia no se modificaron.

Por su parte, la dinámica cambiante de los patrones políticos de organización y acción palestinos, así como la de los centros de poder, en el seno de esta población ha estado estrechamente ligada a los desarrollos socio-económicos y culturales de los palestinos en los territorios ocupados por Israel. El crecimiento económico de los años setentas en la Margen Occidental y en Gaza se detuvo hacia mediados de la década de los ochentas, cuando aparecieron los primeros indicadores de una reducción crítica, a la que se sumó el aumento poblacional. Estas condiciones críticas generaron, paradójicamente, cambios en el perfil cultural y laboral de la población, ya que el desempleo condujo a que un significativo porcentaje acudiera a la educación secundaria y superior como opción alternativa, conformándose así un nuevo sector calificado pero carente de canales de incorporación ocupacional²². La profesionalización, la frustración económica y el desgaste sostenido por la falta de satisfacción política interactuaron de un modo complejo como detonadores de la revuelta palestina en los territorios. Con igual grado de complejidad,

²² Vid. Gad Gilbar, "Desarrollos demográficos y económicos como factores para la Intifada", en Gilbar y Susser ed., *op. cit.*, pp. 20-39; Hillel Frisch, "De la lucha armada a la movilización política: cambios en la estrategia de la OLP en los territorios", en *ibid.*, pp. 40-67.

junto con la proliferación de instituciones de educación media y superior y su impacto sobre la consolidación de una vida secular, cobraron nueva fuerza movimientos fundamentalistas islámicos. Contrariamente a una visión prevaleciente que tiende a explicar el surgimiento del fundamentalismo como resultado de carencias y deterioro económico —si bien este dato puede contribuir ampliamente a su desarrollo— el hecho crucial que lo alimenta es un cambio social rápido que genera una creciente diferenciación y diversificación de modos y estilos de vida y que conducen a la pérdida de viejos y nuevos centros referenciales, tanto económicos como culturales y políticos²³. Mientras que a nivel cultural el impacto de los factores externos del cambio social —tanto económicos como culturales— es vivido como una amenaza de “contaminación” a las premisas básicas religiosas o civilizadoras, los grupos sociales portadores del fundamentalismo provienen de viejos y nuevos sectores que se sienten, o que en efecto han sido, desposeídos del acceso a los centros sociales, políticos y culturales²⁴. De allí que, junto a un proceso que ha impactado el mundo árabe en su conjunto, del cual Irán es un ejemplo paradigmático y foco de influencias, el fundamentalismo islámico en el seno de la población palestina le ha conferido una nueva tensión a la dinámica y a la interacción entre los actores políticos²⁵. Ya después de la guerra árabe-israelí de 1973, pero con mayor fuerza a partir de la década siguiente, el fundamentalismo islámico asumió una creciente centralidad como actor político en la Margen Occidental y en Gaza, rivalizando con la corriente nacionalista dominante hasta entonces del movimiento de liberación palestina²⁶.

Los grados de autonomía con los que la población palestina actuó en la Intigada reflejaron, a su vez, la búsqueda de una identidad con perfiles propios por parte de la nueva generación en los territorios, convirtiéndose en una amenaza no sólo para Israel sino también para la OLP. Ello dio lugar al desarrollo de un paradójico proceso de

²³ S.N. Eisenstadt, *Fundamentalism: Phenomenology and Comparative Dimensions*, (mimeo), Universidad Hebrea de Jerusalén, 1992.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Vid. D. Menashri (ed.), *The Iranian Revolution and the Muslim World*, Boulder, 1990.

²⁶ Anat Kurz (ed.), *Islamic Terrorism and Israel. Hizaballah, Palestinian Islamic Jihad and Hamas*. Universidad de Tel Aviv, 1993, p. 13 y ss; M.K. Shadid, “The Muslim Brotherhood Movement in the West Bank and Gaza”, en *Third World Quarterly*, 10:2, abril de 1988, p. 661.

radicalización y moderación de la propia organización. Lo primero se manifestó en la Declaración de Independencia Palestina de noviembre-diciembre de 1988, condicionada por la necesidad de capitalizar la nueva situación en los territorios y contrarrestar el papel protagónico de los grupos fundamentalistas islámicos, mientras que la moderación se manifestó en un discurso que incorporó el tema del derecho de todos los Estados de la región a vivir en condiciones de paz y seguridad. La apuesta fallida de la OLP durante la guerra del Golfo y su consecuente agotamiento material en este mismo sentido.

La paz: la intersección de los caminos

A la luz de los procesos de cambio internos que han tenido lugar en el seno de las sociedades israelí y palestina, y en el marco de las transformaciones internacionales analizadas, la individuación de los actores y su reconocimiento mutuo vehicularon el proceso de paz.

En este sentido, no sólo desde una perspectiva política sino también desde una visión ideológica y cultural, cobró nueva visibilidad la conjunción existente, pero también la compleja posibilidad de deslinde, entre la OLP como idea y la OLP como institución. Si la primera incorporó la noción de un pueblo palestino como colectivo nacional, y de ella cobró fuerza la institución, la combatividad de los grupos fundamentalistas, cuestionando su hegemonía, le confirieron un nuevo papel como interlocutor. De allí que, atendiendo a la individualidad de los propios actores, mientras que para Arafat quedó claro que sólo podría negociar con el gobierno laborista de Rabin y Peres, para éstos la condición de interlocutor de aquél resultaba cada vez más evidente, ya que esta opción se cancelaba con las instancias fundamentalistas. En este sentido, la negociación entre Israel y los palestinos puede verse como un proceso de "intercambio político" en el que las partes no sólo incorporan a la transacción bienes materiales sino también bienes simbólicos, tales como el reconocimiento mutuo y la legitimación como interlocutores²⁷. Es en

²⁷ Vid. Gian Enrico Rusconi, *Problemas de teoría política*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1985, pp. 67. y ss.

esta línea que cobra un significado sustantivo y simbólico, al igual que el viaje que el presidente egipcio Sadat realizará a Jerusalén en 1977, el apretón de manos entre Rabin y Arafat en los jardines de la Casa Blanca. Este último, resultado de negociaciones secretas, se aparta de los contactos previos de este tipo de diplomacia llevados a cabo entre judíos y árabes desde las primeras décadas de este siglo, al surgir a la luz pública en un nuevo contexto internacional.

Los acuerdos subsiguientes firmados en El Cairo, en mayo de 1994, para la rápida concreción de la Declaración de Principios de Oslo en lo que concierne a la autonomía palestina en Gaza y Jericó, denotan el predominio de la voluntad política de negociar por encima de los diferentes obstáculos. En efecto, sus principales puntos incluyeron el retiro de las fuerzas israelíes militares y civiles de Gaza y Jericó; la transferencia de autoridad en lo que concierne al gobierno local y la seguridad interna, y el establecimiento de una autoridad palestina cuya designación, si bien depende de Yaser Arafat, abre de lleno la cuestión de las formas democráticas de composición del gobierno palestino. Los acuerdos contemplaron, además, el establecimiento de instituciones conjuntas de cooperación tanto civil como regional en Gaza y Jericó; la cuestión de la jurisdicción territorial palestina sobre tierra y subsuelo *vis a vis* el control aéreo que permaneció en manos israelíes, así como el establecimiento de las fuerzas de seguridad palestinas, entre otros. Estas cuestiones, así como las relacionadas con el tema de los prisioneros o bien con la cooperación económica, se insertan en la gama más amplia de problemas que, de carecer de un compromiso reforzado con las negociaciones, podrían interrumpir el proceso todo.

La rapidez, sin embargo, así como el relativo éxito de la implantación de los acuerdos y el dominio que los diferentes actores asumieron, incorporaron a Jordania de un modo nuevo y visible en el escenario de la paz. El nuevo apretón de manos entre el primer ministro Rabin y el rey Hussein en los jardines de la Casa Blanca le confirió un avance sustantivo y simbólico al proceso todo. De continuar fuera de éste, Jordania corría el riesgo de seguir perdiendo terreno frente a Arafat y a la OLP tanto en lo que compete al estatuto de los lugares santos en Jerusalén, como en lo concerniente a la esfera económica y al proceso, más global, de construcción estatal palestino. Junto a ello, no deben desatenderse las necesidades eco-

nómicas internas jordanas, particularmente la de cancelar su deuda con Washington, así como la de renovar su arsenal militar; ambos requisitos fortalecieron el papel mediador de Estados Unidos en el proceso. De este modo, al igual que con Egipto y Siria, la administración de Clinton ofreció a Jordania la posibilidad de obtener apoyo financiero a cambio de su incorporación al proceso de paz. Por las modalidades específicas que asumieron las conversaciones bilaterales, bien puede afirmarse que los acuerdos entre Rabin y el rey Hussein contaron no sólo con el apoyo de Estados Unidos sino también con la anuencia de Siria, cuya inserción en el proceso parece inevitable y próxima. En este sentido, la propia dinámica del proceso de paz parece reformar aun más su acercamiento al bloque árabe pragmático iniciado con el colapso de los principales componentes del concepto de paridad estratégica de Siria, la URSS e Irak.

A pesar de las dificultades, los acercamientos y logros en las negociaciones bilaterales entre Israel y los palestinos y entre Israel y Jordania apuntan globalmente hacia un proceso que, iniciado en Madrid con el recurso de circuitos de negociación simultáneos, parece haber logrado construir acertadamente los acuerdos políticos bilaterales sobre los funcionales multilaterales, a la luz de la convergencia del papel mediador de Estados Unidos con el papel protagónico de los actores y la creciente importancia de la región como sede del proceso.

Lo que falta por construir entre los actores actuales y los por venir indica, ciertamente, que el proceso no es fácil ni tiene, al igual que otros desafíos de fin de siglo, una única salida. Los posibles nexos entre economía, política y cultura, a la vez que abren oportunidades, plantean serios desafíos y profundas incertidumbres. Así, por ejemplo, las ambivalencias del mundo árabe frente a los valores de occidente, y la visión de Israel como parte de ese occidente amenazador, han gestado respuestas culturales que, desde una lectura civilizadora, aparecerían como irreconciliables. En esta línea baste señalar que el sionismo operó como objeto sustituto de esta confrontación con "occidente", y los orígenes de ésta pueden rastrearse incluso hasta antes del establecimiento del Estado de Israel. Si desde sus inicios el proyecto sionista fue visto en el mundo árabe como una prueba a su capacidad de sobrevivir en el seno de la modernidad occidental, el surgimiento del Estado de Israel y el resultado de la guerra de

independencia fueron vividos como una demostración de que ese objetivo no podía alcanzarse²⁸. Los enfrentamientos armados posteriores reforzaron el espectro civilizador del antagonismo.

Sin embargo, y con toda la incertidumbre que caracteriza a este fin de siglo, de la compleja interacción entre la impugnación nacionalista y el rechazo fundamentalista ha surgido, en el contexto de las nuevas condiciones mundiales, una voluntad política nutrida de realismo. Ésta enfrenta no sólo serios desafíos que se suman a los interrogantes ya planteados, sino otros, igualmente esenciales, tales como el de las posibilidades de conciliar un proceso económico que aspira a derribar fronteras con el surgimiento de reivindicaciones de soberanía política que buscan levantarlas. De la tensa oscilación entre ambos, el nuevo paradigma que se perfila en el ordenamiento mundial parecería abrir la posibilidad de conciliar el respeto a la integridad grupal con la cooperación intergrupal, planteando, si se quiere, límites igualmente nuevos a la acepción clásica del concepto de soberanía²⁹.

De igual modo, y atendiendo a las identidades colectivas nacionales como comunidades imaginarias, surge la pregunta en torno a la posibilidad de construir nuevos referentes y contenidos de articulación. Estos condicionarían tanto las percepciones mutuas como la definición misma de la naturaleza del conflicto entre las partes. Ciertamente, la reconversión de imágenes, percepciones y valores para superar barreras históricas resulta más probable en el marco de un proceso de construcción de intereses convergentes a corto y mediano plazo, a la luz del carácter igualmente complejo de la construcción social y política de las identidades colectivas. En efecto, éstas son el resultado de procesos de construcción social que, aunque están nutridos por profundas raíces culturales, dependen de una elaboración continua en la que tiene un espacio la voluntad política³⁰.

²⁸ Itamar Rabinovich, *The Road Not Taken. Early Arab-Israeli Negotiations*, Maxwell, MacMillan, Keter Publishing House, 1991, p. 11.

²⁹ Vid. Daniel Elazar, "The Possibilities and the Problematics Ahead: A Summary Analysis", en *Political and Structural Arrangements in the New Era of Israeli-Palestinian Relations*, op. cit., pp. 199-207.

³⁰ Vid. Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991, pp. 5 y ss.

Estos desafíos, así como el de la institucionalización y la democratización que enfrenta la autoridad palestina a un nivel más específico, dependen, en el corto y mediano plazos, de la capacidad de los protagonistas, así como de su permanencia en la arena política. Si bien el tema de la transición enfocado hacia las elecciones parece condensar las expectativas en torno a un acto a la vez fundacional y legitimador, no dejan de perfilarse, con gran peso, los dilemas igualmente profundos de conciliar eficacia con democracia, modernización con participación en un contexto que demanda la construcción de nuevos consensos civiles como valor y atributo del entramado social. El éxito y la permanencia de los actores se medirán, a su vez, no sólo por los alcances de los acuerdos negociados sino también por la capacidad de neutralización de las críticas de la oposición, así como de los efectos de las acciones provenientes de los diversos fundamentalismos. Mientras que frente a las primeras pueden esgrimirse los alcances del actual proceso, cuya "ambigüedad constructiva"⁴¹ ha demostrado ser estratégicamente positiva, la amenaza de los segundos plantea un reto central: hasta dónde el diálogo podrá coexistir con la violencia sin ser interrumpido por ésta. Los acontecimientos de Hebrón, Buenos Aires y Londres se insertan en este cuestionamiento.

Desde una óptica global, entonces, bien puede comprenderse la creciente relevancia que asumen los nexos entre orientaciones culturales y ordenamientos institucionales, entre identidades grupales e interdependencias colectivas. En otros términos, cómo conciliar los tiempos de los cambios económicos con los de los políticos y de éstos con las transformaciones culturales es un enigma compartido por actores y espectadores. Sin lugar a dudas, el conflicto en el Medio Oriente ha pasado por un proceso de normalización de tal modo que, de total y existencial, se ha convertido en localizado y político y, consecuentemente, en objeto de negociación. Siguiendo la metáfora de Harcavi, si las partes se han subido a un tren cuyo destino final es incierto, el riesgo de descender de él resulta pro-

⁴¹ Concepto acuñado por Henry Kissinger que alude al compromiso deliberado del proceso con la ambigüedad a partir de la cual se procura construir la confianza mutua entre las partes. Vid. Hana Siniora, "The Palestinian Council and the New Relationship", en *Political and Structural Arrangements in the New Era of Israeli-Palestinian Relations*, op. cit., pp. 128-134.

fundamente amenazador. Éste es el nudo gordiano que, nutrido por la voluntad política, mantendría a las partes en el compromiso.

Así planteado, y sin desconocer el peso histórico de la etnicidad, la religión y el nacionalismo en la configuración de las identidades colectivas y en el condicionamiento de los conflictos de fin de siglo, los cambios externos e internos y las nuevas interacciones entre política, economía y cultura pueden abrir nuevas posibilidades que minimicen los diagnósticos pesimistas. La construcción de nuevas fronteras, así como el surgimiento de formas inéditas de asociación y acción colectivas han comenzado a incidir, de múltiples modos, sobre la dimensión institucional y normativa de la convivencia plural. Frente a los componentes duros de las identidades que tienen su origen en la historia y la cultura, aparecen elementos flexibles que encuentran su lógica en la convergencia funcional de intereses compartidos; la conjunción de ambos niveles depende del papel que la acción y la voluntad reivindican para sí en la historia. De este modo, el pesimismo anotado obedecería más a una necesidad conceptual simplificadora y reticente a la incertidumbre que al inevitable desenlace de los procesos históricos.

Este artículo retoma los planteamientos centrales de la ponencia que presentamos en la sesión académica *El Proceso de Paz en el Medio Oriente* en el marco del II Encuentro Internacional para América Latina y España, organizado por la Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad de Tel-Aviv en noviembre de 1993.